

ÍNDICE

Prólogo: ¿Una Europa Central secuestrada o finalmente liberada?	11
1. Adam Zagajewski: una vida en el exilio	19
2. Zbigniew Herbert: el rumor del tiempo	32
3. Wisława Szymborska: un millón de deslealtades	39
4. Józef Czapski: Katyń en la memoria	49
5. Józef Wittlin: una obra maestra del pacifismo	56
6. Olga Tokarczuk: elogio del nomadismo	67
7. Marek Bieńczyk: la humanidad, una descomunal tarea	77
8. Andrzej Stasiuk: países auxiliares del corazón	83
9. Sergiusz Piasecki: gente de frontera	94
10. Ida Fink: hay que esperar a que terminen	100
11. Mircea Cărtărescu: los sótanos de Bucarest	105
12. Ana Blandiana: el sueño y la liberación del sueño	120
13. Gabriela Adameşteanu: un dolor solo mío	128
14. Tatiana Țibuleac: el verano de la paz	139
15. Faruk Šehić: un tiempo calcinado	144
16. Goran Petrović y Emir Kusturica: bajo techos que se desmoronan	152
17. Maja Haderlap: en las montañas de Carintia	163
18. Boris Pahor: la Trieste eslovena	166
19. Dubravka Ugrešić: los nuevos apátridas	172
20. Velibor Čolić: el hombre sin papeles	181
21. Danilo Kiš: el estalinismo y la caza de brujas	187
22. Arnošt Lustig y Jiří Weil: en el coto de caza nazi	202
23. Georgi Márkov: muerte en el Támesis	209
24. László Krasznahorkai: apocalipsis húngaro	212
25. Szilárd Borbély: desposeídos y enemigos del pueblo	218

26. György Spiró: el asesinato de un sueño de libertad	233
27. Magda Szabó: una sutil obra maestra	240
28. Andréi Kurkov: Beckett entre Kiev y el Donbás	249
29. Yuri Andrujovich: en la Ucrania actual	260
30. Serhiy Zhadan:	
una gran literatura sobre la guerra de Ucrania	271
Bibliografía	279

Prólogo

¿Una Europa Central secuestrada o finalmente liberada?

En 1956, cuando los tanques soviéticos invadieron Budapest, el director de la agencia de prensa de Hungría envió al mundo un mensaje desesperado, que acababa así: «Morimos por Hungría y por Europa». Tres décadas después, en 1983, Milan Kundera abriría un célebre e histórico ensayo, *Un Occidente secuestrado o la tragedia de la Europa Central*, de gran actualidad hoy a raíz de la invasión de una Ucrania que clama desesperadamente por ser europea, con esta misma escena. Tanto en la Revolución húngara de 1956, durante la llamada Primavera de Praga de 1968 o bien en la revuelta polaca de 1970, «pequeñas naciones» vulnerables, atrapadas entre Alemania y Rusia, proclamaron su anhelo de Europa, su voluntad de fundar y salvar «una Europa archieuropea». Hoy, la resistencia heroica de los ucranianos se inscribe en esta historia europea hecha a base de amenazas y sobresaltos, de entusiasmos y quebrantos, en la que el relato común habla sobre todo de sobrevivir. Como insistía Kundera en aquel texto, las insurrecciones europeas, muy ligadas a la cultura, «han estado siempre preparadas, puestas en marcha, llevadas a cabo por novelas, por poesía, por el teatro, por el cine, por la historiografía, por revistas literarias, por espectáculos cómicos populares».

¿Qué quería decir con su frase —«morimos por Hungría y por Europa»— el director de la agencia de prensa húngara, se preguntaba Kundera? ¿En qué sentido estaba Europa «en peli-

gro» en aquel país de dominio soviético, enclavado detrás del Telón de Acero? ¿O acaso se trataba también de un problema *nuestro*, de la despreocupada y en principio a salvo Europa Occidental? ¿Acaso aquellos temibles tanques rusos que invadían las calles de Budapest también estaban dispuestos a ir más allá y franquear las fronteras de ese país centroeuropeo, apuntando amenazadoramente en dirección al Oeste? No, responde Kundera. El director quería decir, quería insistir mucho más que simbólicamente, que se apuntaba a Europa desde la misma Hungría. Que él estaba dispuesto a morir «para que Hungría siguiera siendo Hungría y a la vez siguiera siendo Europa». Evidentemente, esa valiente y angustiada afirmación de «morir por la propia patria y por Europa» solo la podía decir un centroeuropeo: de esa Centroeuropa sacrificada de forma despiadada en las particiones dramáticas del continente que se sucedieron tras la Segunda Guerra Mundial. Una frase —seguiría diciendo Kundera— que era «impensable en Moscú o Leningrado». Tan solo era pronunciable en Budapest, Varsovia, Praga o Bucarest.

Para un húngaro, para un polaco, para un checo, para un rumano, la palabra *Europa* siempre se sale del estricto marco geográfico. Centroeuropa, es decir, «esa incierta zona de pequeñas naciones, unidas por el clima, entre Rusia y Alemania», como dirá Kundera una y otra vez, es el lugar en el que están enclavadas todas ellas por destino. Pero lo que define y determina al conjunto centroeuropeo no son las fronteras políticas, muy a menudo impuestas tras guerras u ocupaciones por la fuerza, sino un gran conjunto, un gran impresionante acervo de legados culturales con la misma raíz compartida, de situaciones (más o menos desgraciadas e históricas) comunes y un mismo espíritu, mantenido a lo largo de los siglos, ya esté representado por sus catedrales góticas, museos de pintura, plazas bellísimas y monumentos diversos, o bien encarnado

a través de las obras de Kafka, Gombrowicz, Cioran, Seifert, Chopin, Liszt, Bartók, Dvorak y tantos otros. En ese entramado de fronteras tan imaginarias como cambiantes (y solo hay que observar la gran cantidad de nombres que ha adquirido a lo largo de la historia una bella ciudad como Lviv, hoy en territorio ucraniano, también llamada, a lo largo de las épocas, Lvov, Lwów, Leópolis o Lemberg) en esos confines movедidos, «Europa Central no es un Estado, sino una cultura y un destino», nos dice en una maravillosa frase de síntesis el checo Milan Kundera.

¿Por qué esta separación, este ser casi invisibles para el resto de Europa, esta orfandad no querida, durante tantos años y momentos? Invisibilidad, al menos, hasta la caída del Muro. Es decir, seis años después de ser escrito el texto famoso de Kundera. La fatalidad de este alejamiento entre una Europa Occidental y otra Central no sería solo achacable, aunque contribuyó de forma muy fundamental durante más de cuarenta años, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, a la dominación soviética. La propia historia de todas estas pequeñas (o menos pequeñas, en el caso de Polonia) naciones habría marcado enormemente este alejamiento involuntario. Demasiado ocupadas, demasiado diezmadas y maltratadas sin cesar debido a la maldición geográfica de hallarse entre dos potencias, por un lado, los alemanes, y por el otro los rusos, imperios ávidos y expansionistas periódicamente, todo ello llevó a estas naciones a un estado de defensa perpetua —como dirá Kundera— y a «consumir demasiadas fuerzas», demasiadas energías, en su propia y no siempre fácil supervivencia. Impotentes a la hora de introducirse suficientemente «en la conciencia europea», o si se prefiere, en darse a conocer y difundirse más allá de sus fronteras, siguieron siendo durante mucho tiempo, tal y como sigue argumentando Kundera, «la parte menos conocida y más

frágil de Occidente, ocultas, además, tras el telón de las lenguas raras y poco accesibles».

¿Y qué decir de los centroeuropeos, de los más *frágiles* entre todos ellos que, dentro de ese espacio siempre por definir, sobre todo por los de fuera, venían de las provincias limítrofes, como era el caso de Galitzia o la Bucovina, en la época del Imperio austrohúngaro? Ese Imperio que «tuvo una gran oportunidad para crear un Estado fuerte en la Europa central y lamentablemente —continuará diciendo Kundera— a causa de sus divisiones internas, [los austriacos] no lograron construir un Estado federativo de naciones iguales y su fracaso fue una desgracia para Europa entera». Unas pequeñas naciones que hicieron estallar el Imperio en 1918. Pero en aquel entonces nadie se dio cuenta de que, a pesar de sus insuficiencias, ese Imperio era trágicamente «irremplazable». La pesadilla que vino después todos la sabemos. Después de la Primera Guerra Mundial, de aquella carnicería que dejó millones de muertos en las trincheras y campos de Flandes, ya nada sería igual. *El mundo de ayer*, título melancólico de las memorias de Stefan Zweig, representaría el mundo de una civilización y seguridad perdida quizá —como él sospechaba— para siempre.

«Sobrevivir entre rusos y alemanes —dirá el escritor ucraniano de nuestros días Yuri Andrujovich en su excelente colección de ensayos *El último territorio*—. Esa es la predestinación histórica de la Europa Central: que vienen los alemanes, que vienen los rusos. Esa era también la adversidad de quienes a lo largo de la historia fueron sospechosos de ser galitzianos: los rusos los exterminaban porque decían que colaboraban con los alemanes, los alemanes por su colaboración con los rusos».

Cuando cayó el Imperio, muchos —sobre todo los judíos que vivían en él— se sintieron inmediatamente desprotegidos y previeron la catástrofe que se avecinaba en el horizonte.

Joseph Roth, el genial judío galitziano, autor de *La marcha Radetzky* y *La cripta de los capuchinos*, entre otras obras inolvidables, nunca paró de inventarse, sobre todo con aquella repentina *orfandad* que los dejaba a muchos a la intemperie. Siempre anheló ser otro, mientras fantaseaba y se adornaba con mil mentiras sobre sus orígenes y su vida como oficial de su adorado Ejército Austrohúngaro. Un Imperio que se instaló en su mente como la mejor tierra de tolerancia y civilización que le fue dada conocer. Un día, alguien le preguntó a este fantástico galitziano errante si envidiaba a Musil y contestó: «Él vino al mundo en la hermosa Klagenfurt, como Robert Edler von Musil; en la guerra lució las tres estrellas de capitán, y también sabe escribir; la gente como nosotros tuvo que abrir los ojos en la turbia luz de Galitzia como Moische y debió contentarse con una estrella en la guerra; pero la gente como nosotros también sabe escribir».

Pero ¿serían tan solo estas «pequeñas» naciones, o bien lo sería su historia accidentada y, en cierto modo, secuestrada, requisada y apropiada por otros, los únicos culpables de esta «tragedia» de la Europa Central, como la llama Kundera? ¿O influirían también en este alejamiento largamente enquistado la indiferencia, la desidia y muchas veces falta de interés por lo que sucedía más allá de París, Ámsterdam, Múnich o Bruselas? En numerosas partes, tanto de *La mente cautiva* como de *Mi Europa*, el gran poeta y ensayista polaco Czesław Miłosz, Premio Nobel de Literatura de 1980, señalaría con tristeza la raíz, y desequilibrio palpable, de estos desencuentros entre las diversas partes de Europa.

Así lo expresó Miłosz en *La mente cautiva*: «Cualquier polaco, checo o húngaro sabe bastante sobre Francia, Bélgica u Holanda, pero en cambio un francés, belga u holandés de cultura media apenas sabe nada de Polonia, Checoslovaquia o